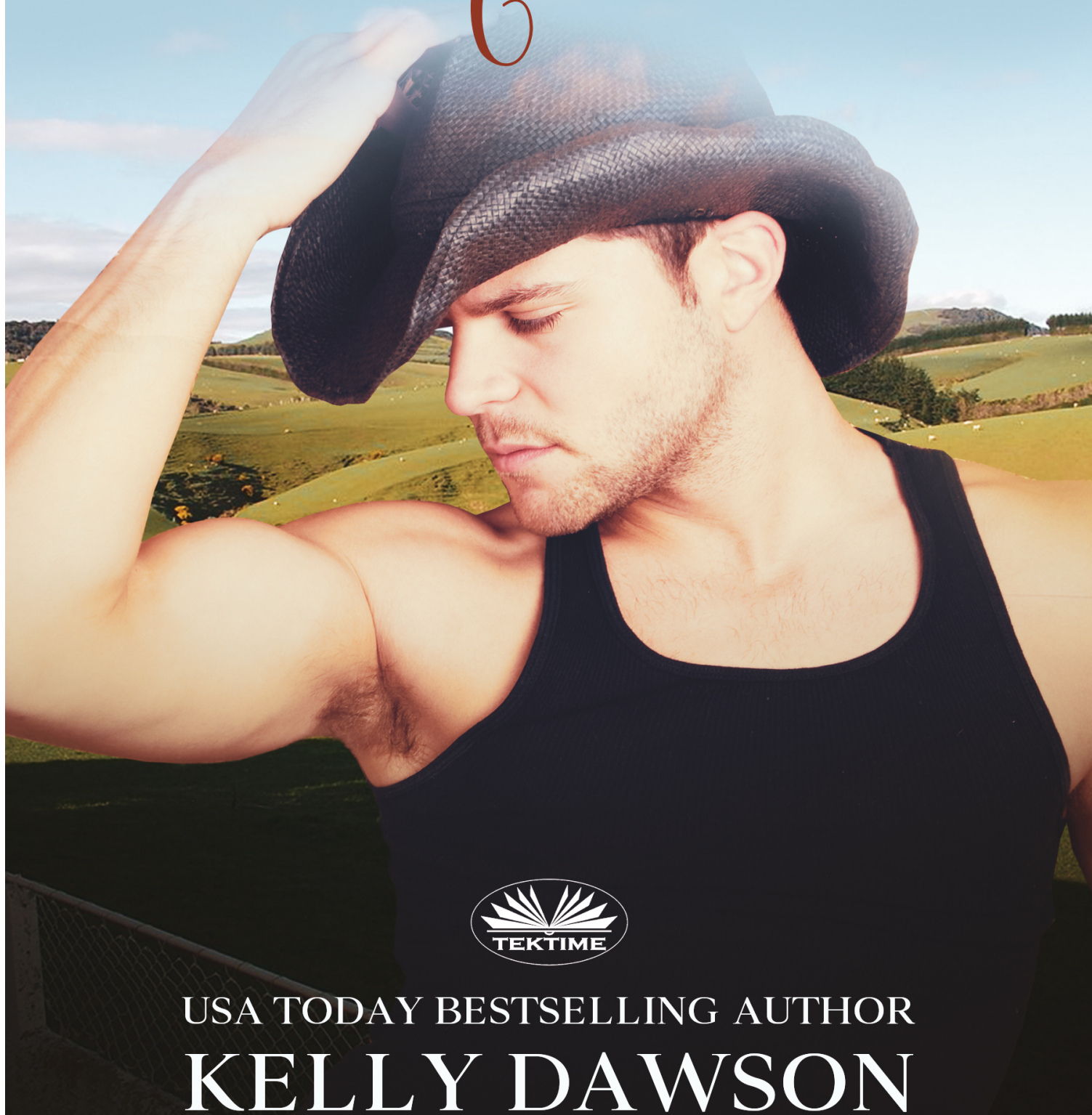


TRADUCIDO POR MARIELA CORDERO

PAPI TOMA *el Mando*



USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
KELLY DAWSON

Kelly Dawson

Papi Toma El Mando

«Tektime S.r.l.s.»

Dawson K.

Papi Toma El Mando / K. Dawson — «Tektime S.r.l.s.»,

Sarah está tratando de llevar las riendas de la granja familiar, pero siente que sus esfuerzos son en vano. Nick es un campeón de rodeo que viene a ayudar. Ambos están marcados por un pasado trágico que desgarró sus vidas y sus familias. Nick Martin es un campeón de rodeo y cuando acepta un trabajo como administrador de una granja sólo busca un sueldo... hasta que conoce a Sarah Taylor, la hermosa y testaruda joven que intenta dirigir el lugar en ausencia de su padre quien sufrió un accidente. Es evidente que Sarah está en aprietos, Nick pronto se da cuenta de que lo que realmente necesita no es un gerente, sino un padre firme pero cariñoso que no dudará en tomarla en sus brazos y ponerla sobre sus rodillas. Nick se ocupará de cuidar no sólo de la granja, sino también de Sarah, y aunque ella se sonroja cada vez que él desnuda su pequeño y bonito trasero para darle unas buenas nalgadas, su férreo dominio y su estricta manera de corregirla la excitan profundamente, y en poco tiempo aprende lo intensamente placentero que puede ser entregar su cuerpo por completo a su papi. Mientras Nick y Sarah trabajan en la granja durante los duros meses de invierno, su vínculo se hace más fuerte cada día. Pero con sus vidas atormentadas por las tragedias del pasado que desgarraron a sus familias, ¿podrá Nick finalmente encontrar una manera de perdonarse a sí mismo y ser el papi que su nena se merece? Nota del editor: Papi toma el mando es una novela independiente que es la tercera entrada de la serie Papis de Nueva Zelanda. Incluye nalgadas, escenas sexuales, y diferencias de edades. Si este tipo de material te ofende, por favor no compres este libro.

© Dawson K.
© Tektite S.r.l.s.

Содержание

Tabla de Contenido	7
Capítulo uno	8
Capítulo dos	12
Capítulo tres	17
Capítulo cuatro	24
Конец ознакомительного фрагмента.	28

Papi toma el mando

Por

Kelly Dawson

Copyright © 2018 por Stormy Night Publications y Kelly Dawson

Copyright © 2018 por Stormy Night Publications y Kelly Dawson

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del editor.

Publicado por Stormy Night Publications and Design, LLC.

www.StormyNightPublications.com

Dawson, Kelly

Papi toma el mando

Diseño de la portada por Oliviaprodesign

Este libro es sólo para adultos. Los azotes y otras actividades sexuales representadas en este libro son sólo fantasías, destinadas a los adultos.

Tabla de Contenido

[Derechos de Autor](#)

[Derechos de Autor](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Epílogo](#)

[FIN](#)

--	--	--

Capítulo uno

Sarah Taylor respiró profundamente el frío aire de finales de otoño y se envolvió su abrigo con más fuerza mientras dejaba caer monedas en el parquímetro ubicado en las afueras del hospital. Hacía mucho más frío aquí en Dunedin que en Wellington, y durante los pocos años que estuvo fuera, su cuerpo se había adaptado a un clima más cálido. El sur de Nueva Zelanda no estaba tan lejos de la Antártida y ahora mismo se daba cuenta de que el gélido aire la atravesaba, helándola hasta los huesos.

Contuvo un bostezo. Había conducido durante toda la noche para llegar aquí, solo había dormido un poco durante el viaje en ferry a través del Estrecho de Cook, y Harriet, su Suzuki Swift naranja brillante, no era el auto más cómodo del mundo para conducir. Especialmente en el estrecho y sinuoso paso de montaña donde apenas había espacio para evitar los camiones que hacían temblar su pequeño auto mientras pasaban a toda velocidad. La carretera de montaña no había sido diseñada para el volumen de tráfico que estaba soportando actualmente desde que el terremoto cerró la ruta principal, y el viaje hacia el sur había sido espeluznante, por decir lo menos. Lo que necesitaba era café y un buen descanso, no una visita a su padre, que estaba de mal humor en los mejores momentos y que sin duda estaría ahora como un oso gruñón.

Las puertas automáticas se abrieron cuando se acercó. Vio a Karen, su madre la divisó en la entrada del hospital, estaba pálida, desaliñada y con ojeras. Pero a pesar de su evidente estado de agotamiento, abrazó a Sarah con fuerza.

"Gracias por venir", dijo en voz baja.

"¿Pensaste que no lo haría?".

Karen suspiró y miró hacia otro lado. "Sé que tú y tu padre no se llevan muy bien", dijo resignada.

Sarah resopló. ¡Ni que lo digas!

"Pero sigue siendo tu padre, y sé que te quiere, a su manera".

"Sí", dijo Sarah quien no creía que su padre la quisiera en absoluto, pero sabía que su madre se sentía mejor al pensarlo, así que le seguiría la corriente.

Mientras seguía a su madre a través del laberinto de largos pasillos, se preguntaba por qué había venido, en realidad. ¿Su padre valoraría sus esfuerzos? ¿O los desestimaría, como siempre solía hacerlo? Desde la muerte de Jason, sentía que su padre deseaba que ella nunca hubiera existido.

Sarah respiró hondo mientras seguía a su madre a la habitación del hospital y hasta la cama donde se encontraba su padre. Se veía muy mal; su rostro y parte su cuerpo tenían hematomas, había tubos por todas partes, y había una máquina junto a su cama que titilaba y sonaba, monitoreando algo, pero ella no estaba segura de qué.

"Hola, papá", dijo ella con una calidez que realmente no sentía, luego se sentó en la cama junto a él. Tomó su mano, teniendo cuidado con la aguja clavada en el dorso de la misma, y la sostuvo suavemente entre las suyas.

"Tardaste mucho para venir", dijo su padre, con voz ronca.

La falta de afecto en sus palabras no la sorprendió, pero sin embargo le dolió. Ni siquiera un saludo, sólo críticas... muy lindo de tu parte, papá. Pero ella no esperaba nada más.

"Vine tan pronto como pude", dijo Sarah en voz baja, tratando de ser paciente. "Ahora toma un poco más de tiempo, ya sabes, la carretera de Kaikoura está cerrada", dijo ella suspirando. "De todos modos, sólo han pasado... ¿un par de días? Creo que menos de eso".

"Ella está aquí ahora, Jack, eso es todo lo que importa", dijo Karen tratando de calmar los ánimos.

Su padre sólo gruñó y cerró los ojos. Ella lo estudió; su rostro estaba curtido y arrugado, parecía haber envejecido mucho durante los pocos años que ella había estado fuera. Ya no era el hombre fuerte y vigoroso que recordaba de su infancia. Los años de trabajo duro, el sufrimiento y la angustia que había padecido estaban escritos en cada pliegue de su rostro. No parecía una persona frágil, pero definitivamente se veía más viejo.

Sarah soltó la mano de su padre y la puso suavemente en la cama, apoyada contra su cuerpo.

"De todas formas, lo único que importa es que mejores pronto", le dijo, tratando de forzar un tono alentador en su voz. "Puedo ocuparme de todo en casa durante el tiempo que necesites".

Los ojos de Jack se abrieron bruscamente. "¿Tú? No seas estúpida", su voz, aunque ronca, era fuerte, y su tono era frío.

No me darás ni una oportunidad, ¿verdad? Nunca me perdonarás. Ella no pudo evitar sentirse herida por el rechazo de su padre. Pero contuvo las lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos y se obligó a sonreír alegremente.

"Los perros van a necesitar que alguien los alimente, ¿no es así? Yo puedo hacerlo".

"Y también harás un buen trabajo", dijo Karen, con mucho entusiasmo. Sarah se puso tensa cuando su madre le tocó el hombro. "Vamos, cariño, está cansado, debemos dejarlo descansar. Te acompañaré a la salida".

De vuelta a la entrada del hospital, la tristeza en el rostro de su madre le produjo escalofríos a Sarah. "¿Cuánto tiempo puedes quedarte?", preguntó ella.

Sarah se encogió de hombros. No podía quedarse, no si quería aprobar este semestre. Soñaba con ser veterinaria desde que era una niña. Y si faltaba muchos días, se le haría muy difícil aprobar.

"Porque tu padre va a estar en el hospital durante mucho tiempo", dijo Karen, con seriedad. "Es probable que se quede paralizado de pecho para abajo. No lo sabrán con certeza por unos días, pero no hay muchas esperanzas". La voz de su madre sonaba sofocada, pero siguió hablando. "Incluso cuando salga del hospital, deberá estar en rehabilitación durante mucho tiempo. Nunca volverá a la granja, Sarah".

Su mente era un caos mientras veía a su madre enjugarse los ojos con un pañuelo de encaje arrugado. Se quedó paralizada y le costaba asimilar lo que acababa de oír.

Ella tragó saliva. "Oh". Y no pudo decir nada más, se quedó sin palabras. El pronóstico acerca de la salud de su padre lo cambiaba todo. Su viejo siempre había parecido infalible; casi inmortal. Pero no lo era. Su corazón se rompió, pensando en el efecto que su parálisis tendría en su trabajador y físicamente activo padre. Lo destruiría. Lo destruiría aún más que la muerte de Jason. Pero su estancia aquí no cambiaría las cosas. Ella podría volver a la universidad y seguir con su vida.

"¿Cuál es el punto, mamá?", dijo Sarah con la voz quebrada. "Él no me quiere aquí".

"Sabes que eso no es verdad", insistió Karen. "Él sólo expresa su dolor de una manera diferente a como lo hacemos nosotras".

"Todavía me culpa por la muerte de Jason, es lo que quieres decir".

Karen no discutió, sólo suspiró y miró hacia abajo. Cuando se encontró con la mirada de Sarah de nuevo, había lágrimas en sus ojos. Sarah tuvo que contener sus propias lágrimas. A decir verdad, ella se sentía un poco responsable por la muerte de Jason, pero la culpa no traería a su hermano de vuelta. Él se había ido. Todos tenían que seguir adelante.

"Lo que hagas depende de ti, por supuesto, pero quería que supieras la verdad de la condición de tu padre antes de tomar cualquier decisión".

Sarah sacudió la cabeza lentamente. Ni siquiera podía pensar. No en este momento; estaba demasiado cansada y conmocionada. "Está bien", murmuró, pero no era así. En absoluto. Nada estaba bien.

* * *

Era media mañana cuando la luz del sol que se filtraba a través de las cortinas la despertó. Su estómago gruñó; ¿cuándo fue la última vez que tuvo una comida decente? Se detuvo en la estación de servicio para comer un pastel de camino a casa desde el hospital, y antes de eso... su mente se quedó en blanco. Anoche estaba demasiado cansada para hacer nada excepto arrastrarse a la cama que había preparado con prisa en su antigua habitación, pero no logró conciliar el sueño tan fácilmente. Lo que su madre le había dicho sobre el estado de salud de su padre la seguía atormentando.

Estaba demasiado exhausta para bajar su maleta del auto, así que durmió en ropa interior y en cuanto sus pies tocaron el suelo se puso la ropa de nuevo para combatir el frío. A pesar del sol, el aire estaba helado. Echando las cortinas, miró por la ventana, vio el jardín de su madre y más allá, la extensión de tierra verde que parecía no tener fin. Estuvo a punto de sonreír. Estaba en casa.

En estas fértiles colinas se podía cultivar cualquier cosa, incluyendo el frágil sentido de pertenencia que empezaba a brotar de nuevo en su interior. Hacía mucho tiempo que no sentía nada parecido. Ni por las verdes colinas que habían pertenecido a su familia durante generaciones, ni por su frío y distante padre... no después de la muerte de Jason. Su mirada se dirigió a los corrales, ahora vacíos, pero que le traían tantos recuerdos. Millones de ovejas habían pasado por esos rieles; incluso desde niña había ayudado a empujar a las criaturas lanudas hacia arriba, haciendo sonar con fuerza su perro de hojalata, mientras el olor de las ovejas la rodeaba. Abrió la ventana e inhaló profundamente. Si cerraba los ojos y se concentraba, todavía podía percibir ese olor acre.

Él no va a volver a la granja. La predicción de su madre hizo que el calor del sol de la mañana se transformara en frío de forma inmediata. ¿Qué iba a hacer ahora? Anoche, su primera reacción había sido regresar a la ciudad, terminar su carrera, convertirse en veterinaria, seguir sus sueños. Pero ahora... ahora mismo, a la luz del día, contemplando la tierra que llevaba en la sangre, estaba indecisa. Su tatarabuelo había limpiado los matorrales con sus propias manos, ayudado por sus caballos. Su tátara-tatarabuela había criado a sus hijos aquí, y a sus nietos. Con los pequeños aferrados a sus faldas, había cultivado la comida para alimentar a su familia mientras su esposo limpiaba y cultivaba la tierra. Los Taylors habían trabajado duro y progresado aquí, desde que se bajaron del barco que los trajo de Inglaterra hace muchos años. Ella creció aquí, con su hermano. Y ahora era la única que quedaba. ¿Cómo podía darle la espalda a todo el legado familiar? Su madre no había dicho mucho, pero para ella era evidente: sin su padre dirigiendo este lugar, tendrían que venderlo. No podía permitir que eso sucediera.

Cerró la ventana para protegerse del frío, sacudió la cabeza, se dio la vuelta y fue a prepararse el desayuno.

* * *

Sarah pasó el resto del día con los perros, revisando el ganado en la vieja Hilux roja que había visto mejores días, se aseguró de que todos los animales tuviesen suficiente pasto, que los abrevaderos funcionasen correctamente y revisó los caballos. Se rio en voz alta de los potrillos que pateaban y corcoveaban, desafiándola a una batalla. Necesitarían ser domados pronto. Al menos eso era algo que sabía hacer, había estado ayudando a su madre a domar caballos desde que tenía memoria. Domar a un joven caballo era tan natural para ella como respirar. Extendiendo su mano, sonrió cuando el potro más cercano la olfateó, sus bigotes le hacían cosquillas en la palma de su mano, luego resopló y retrocedió nerviosamente mientras ella acariciaba su hocico aterciopelado. Contemplando la tierra en la que había crecido, no pudo evitar sonreír. Estar con los caballos era bueno para su alma.

Tendría que ir a ver a su padre mañana, aunque sólo fuera para tranquilizar a su madre. Karen esperaba que hiciera el papel de hija obediente, así que haría su mejor esfuerzo. Ella tenía toda una

lista de preguntas para hacerle; diferentes cosas se le habían ocurrido mientras conducía por la granja. Aunque había crecido aquí, y ayudar con las ovejas y los caballos era algo natural para ella, no le habían enseñado a dirigir el lugar. Su padre nunca creyó que la agricultura fuera una ocupación para una dama, y la verdad es que no tuvo ningún deseo de aprender. Además, era Jason quien estaba destinado a hacerse cargo de la granja un día. Como lo había hecho su padre, y el padre de su padre, y así... era la tradición.

Aunque tenía miedo de la inminente conversación, debido al resentimiento tajante de su padre, su completa falta no sólo de perdón sino de fe en sus habilidades... Sarah sabía que no tenía elección. No sabía hacer mucho y tenía que aprender todo en tiempo record.

Dando una última mirada a la granja, se dirigió de nuevo a la casa.

--	--	--

Capítulo dos

Sarah temblaba mientras ponía monedas en el parquímetro fuera del hospital. La calefacción de Harriet era más eficiente de lo que ella pensaba y ahora el marcado contraste con el frío aire exterior le resultaba chocante. Agarrando el cuaderno en el que había garabateado las preguntas que tenía que hacerle a su padre, metió las llaves en el bolsillo de su abrigo y se dirigió a la habitación del hospital. Se sentía fatal, ir a encontrarse con su padre así, con el miedo alojado en la boca del estómago, preparándose a cada paso para el aluvión de negatividad que sabía que encontraría. Aun estando en el hospital, visitar a su padre debería ser una ocasión feliz. Siempre lo había sido, antes del accidente. Pero después de eso, todo había cambiado. Se encontró a sí misma dividiendo su vida en dos partes: "antes" y "después" de la muerte de Jason. El "antes" había sido mejor, en todos los sentidos. La vida sin su hermano era dura. Habían sido muy cercanos y ella lo extrañaba. Por eso se había ido a la Universidad de Wellington, en lugar de quedarse en casa e ir a Otago como podría haber hecho, quería seguir adelante con su vida, quería un nuevo comienzo. Pero ahora había vuelto, y la amargura de su padre la mantenía atada al pasado.

Con una sonrisa alegre, abrió la puerta de la pequeña habitación privada de la sala del hospital. Sus padres levantaron la vista cuando entró; su madre sonrió cálidamente, pero su padre frunció el ceño. Aunque sabía que ella lo visitaría, él mostró una hostilidad tan evidente que sintió una puñalada en su corazón "¿Qué quieres?", gruñó su padre.

Sarah hizo un gesto de dolor. "Vine a verte, obviamente. ¿No está permitido?".

Su padre gruñó en respuesta.

"Y tengo algunas preguntas sobre la granja. El ganado".

"Olvídate de eso".

"¿Qué?".

"He dicho que te olvides de eso. Déjalo todo. No puedes dirigir ese lugar, eres una maldita inútil. No tienes ni idea de lo que estás haciendo. Nunca fuiste muy buena en la granja, vivías siempre en tu pequeño mundo, soñando con tonterías".

Ella se sintió desfallecer al escuchar las palabras hirientes de su padre. No estaba preparada para una hostilidad tan evidente. Su pecho se contrajo y su boca se abrió conmocionada, pero cuando intentó hablar, no pudo decir ni una palabra. Las lágrimas amenazaban con brotar, pero ella las contuvo. Se negó a llorar delante de su padre.

Respiró hondo, tratando de fingir que sus palabras no surtieron ningún efecto en ella.

"¿Así que quieres que los animales se mueran de hambre?", dijo cuadrando sus hombros, observando a su padre con una mirada de acero, pero se encontró con el silencio.

"¿Qué sugieres que le pase a la granja entonces, papá?".

Jack la miró entonces, con una fría furia en su mirada. "Jason debería dirigir el lugar. Él lo hubiese hecho si tú hubieras estado donde debías estar".

"Pero Jason no está aquí, ¿verdad?", dijo ella gruñendo con los dientes apretados, cada nervio y tendón de su cuerpo estaba tenso por la ira.

"No, no está con nosotros, gracias a ti".

Cerrando los ojos, Sarah controló su temperamento. Está atormentado por el dolor, se recordó a sí misma, como lo había hecho tantas veces antes. En realidad no quiere decir nada de eso. Durante años, ella había estado excusando el mal comportamiento de su padre recordando lo mucho que le había afectado la muerte de Jason. Estaba acostumbrada a desestimar las palabras hirientes y las acusaciones injustas que salían de su boca. En el pasado fue un hombre tan amable, un padre cariñoso,

pero el hombre que estaba ante ella ahora era tan distinto al hombre que había sido que ya no lo reconocía.

Abrió sus puños apretados, flexionando sus dedos, forzando los músculos de sus manos a relajarse. Respirando profundamente, exhaló lentamente a través de sus fosas nasales, y luego lo hizo de nuevo, sintiendo que la tensión abandonaba lentamente su cuerpo. Los segundos se sintieron como minutos mientras la furia ardiente que la atravesaba se enfriaba lentamente.

Cuando estuvo lo suficientemente calmada como para no golpear nada, miró a su padre. "A tus ovejas y a tus vacas, pronto se les acabara el pasto ¿Ahora vas a decirme qué es lo que debo hacer por ellas o no?".

"No".

"Está bien", dijo con voz ahogada, sintiendo como si le hubieran arrancado el corazón del pecho y lo hubieran pisoteado. Sin mirar atrás, salió de la habitación, secándose las lágrimas de frustración. Lo intentaba, lo intentaba con todas sus fuerzas. ¿No podía darle una sola oportunidad?

Si él quería seguir actuando así, de manera tan terca y caprichosa, ya no podía hacer más nada. Volvería a la granja esta noche y abriría todas las puertas y daría a los animales el pasto que quedaba, antes de empacar sus cosas y regresar a Wellington. De vuelta a su apartamento y a sus compañeros que se habían convertido en buenos amigos; de vuelta a la universidad, de vuelta para seguir luchando por sus sueños. ¡Qué su padre se fuera al infierno!

Se había sentido tan bien al volver a la granja, Incluso había sentido que regresaba al lugar donde realmente pertenecía. Pero claramente, se había equivocado. Se le rompió el corazón, al decidir que tenía que marcharse, pero con la amargura de su padre, no había manera de que pudiera quedarse.

No se había dado cuenta de que su madre la había seguido, pero ahora sentía la calidez de su suave mano en el hombro. Enfadada, se encogió de hombros. Su madre no la había defendido ahí dentro, delante de él, ¿qué sentido tenía que la consolara ahora?

"Volveré a Wellington mañana", dijo Sarah.

Su madre negó con la cabeza. "Por favor, quédate por un tiempo". Había súplica en su voz y en sus ojos, pero Sarah negó también con la cabeza.

"¿Por qué? Ya lo has oído. No quiere que yo me haga cargo, es obvio. No cree que pueda hacerlo y no quiere que lo intente. Podría ayudarme, decirme qué hacer, pero no lo hará. Es como si quisiera verme fracasar, y ver la granja arruinarse".

"Sabes que eso no es verdad".

"¡Oh, sí que lo es!", insistió Sarah, levantando la voz. "¡Deja de justificarlo! Todos extrañamos a Jason, pero ¿de qué sirve su amargura? ¿Va a guardarme rencor para siempre?".

La mirada de dolor en los ojos de Karen la hizo sentir culpable, así que bajó la voz, y suavizó su tono. "No puedo dirigir la granja, no sin su ayuda, y él no está dispuesto a ayudarme. Puedo volver a la universidad ahora, y tratar de pasar este semestre, mientras pueda".

Su madre puso una mano en su hombro otra vez, y esta vez Sarah no se encogió de hombros, pero permaneció rígida. Sabía que su madre también podía sentir su tensión.

"Tu sangre corre por ese lugar", dijo Karen. "Eres la única que queda".

"¿Y qué?"

"No la abandones ahora. Esto no se trata sólo de tu padre. Esa tierra, es todo lo que nos queda de Jason. Él está en la granja". La voz de Karen se quebró y se tapó la boca con la mano.

Al mencionar a Jason, la mente de Sarah volvió a ese terrible día; el día en que se despidieron de su hermano. Recordó que había esparcido sus cenizas, las había liberado al viento desde el punto más alto de la granja y había visto cómo las diminutas partículas de lo que quedaba de su hermano se alejaban flotando, a la deriva sobre las sinuosas colinas, para finalmente descansar en los prados que Jason había amado. Una vez que las cenizas se asentaron, se mezclaron con la tierra, para nunca más ser vistas, pero Sarah sabía que estaban allí, uniéndose a las cenizas de muchas generaciones de los Taylors. Karen tenía razón, Jason era parte de la granja.

Ella contuvo las lágrimas. No lloraría. No aquí. "Lo pensaré".

Su madre la abrazó, pero seguía estando demasiado rígida y tensa para devolverle el abrazo. Le dolía demasiado, tenía demasiado dolor, por dentro y por eso no podía mostrar afecto.

"Gracias", susurró Karen.

* * *

Tu sangre corre por ese lugar. Las palabras de su madre resonaron en su mente durante todo el camino a casa. Aunque intentaba dirigir sus pensamientos a otros temas, no dejaba de pensar en sus antepasados. Esos fuertes y recios hombres y mujeres que trabajaron la tierra con tanto esfuerzo. Recordó la vieja guadaña que aún estaba colgada en el cobertizo. La habían usado para cortar heno. Incluso ahora, con un tractor nuevo, les llevaba días cortar y empacar el heno. ¿Cuánto tiempo les habría llevado con la guadaña?

Lo primero que hizo cuando llegó a casa fue sacar los viejos álbumes de fotos del fondo de la estantería y estornudó mientras el polvo se arremolinaba a su alrededor. Hacía años que nadie los miraba, pero en el pasado, estas fotos fueron tesoros familiares. Las fotos ya estaban ajadas y desgastadas, mucho antes de que su madre las catalogara cuidadosamente en álbumes de cuero para preservarlas.

Sarah los llevó a la mesa y sonrió mientras abría el primer álbum y pasaba el dedo por la página cubierta de plástico, era como si estuviera evocando los espíritus de sus antepasados. Aunque no pudo conocer a ninguna de estas personas, sabía quiénes eran. En sus días felices, su padre le había hablado de ellos y le había contado la historia de su granja. Ella se sentaba en su rodilla izquierda, y Jason en la derecha, mientras su padre los entretenía narrándoles historias de sus antepasados, algunas divertidas, otras tristes. La vida había sido diferente en ese entonces, pero su padre contaba todo de una forma veraz y lúcida.

Ella hojeó los álbumes, uno tras otro, mientras las historias recordadas se desarrollaban en su cabeza. Miró el techo, era madera de Rimu, su propio tatarabuelo lo había instalado a finales del siglo XIX. La vieja villa había sido sometida a múltiples renovaciones desde su construcción original, pero el hermoso techo de madera permanecía intacto.

Karen tenía razón, su sangre corría por todo el lugar. Y Jason estaba aquí. ¿Cómo podría simplemente huir y entregárselo a extraños?

* * *

Sarah apenas durmió. Alternaba los movimientos de la cabeza con estar tumbada de espaldas y mirando al techo, tratando de encontrarle sentido a sus pensamientos confusos. Cuando el sol se asomó por primera vez al horizonte, proyectando un brillo dorado sobre las colinas, se levantó de la cama a regañadientes sintiendo que había sido atropellada por un camión.

De pie junto a la ventana de la cocina, mirando hacia la granja mientras sorbía su café caliente, con las manos envueltas en la taza para mantenerlas calientes, la realidad la golpeó.

¿Qué demonios estás haciendo? preguntó su mente racional. No tienes ni idea de cómo llevar una granja. ¡Ni siquiera sabes cómo conducir el tractor! Sacudiendo su cabeza en la desesperación, dejó caer el resto de su café por el fregadero. El sabor del café la hizo sentir enferma, ya que el pánico se alojó en la boca de su estómago. Anoche, animada por los espíritus de sus antepasados y los recuerdos de su hermano, estaba decidida a hacer algo aquí. Pero ahora, a la luz del día, se dio cuenta de lo ridícula que era esa decisión. No había manera de que pudiera hacer esto sola.

Después de pasar la mayor parte de la mañana al teléfono, tratando de conseguir ayuda de los granjeros locales, la realidad no era nada alentadora. Aunque la pequeña comunidad agrícola había sido muy unida y le había apoyado durante su crecimiento, desde la muerte de Jason, su padre se las

había arreglado para alejar a cada uno de sus vecinos, y ninguno de ellos estaba dispuesto a ayudarla. Sacudió la cabeza con tristeza. Su padre era un hombre quebrado; mucho más quebrado de lo que ella se había dado cuenta. Los hombres que su padre había conocido desde siempre le habían dado la espalda, después de que se volviera loco de dolor y se volviera mezquino.

"Maldición, esto es un desastre". Al oírla, el gato la miró, y luego, obviamente, decidió que no era nada importante y reanudó su perezoso ritual de lavarse las patas.

Caminando por la casa, sumida en un estado de aturdimiento, miró fijamente por las ventanas sin ver nada, abrió y cerró las puertas de los armarios sin buscar nada en particular. El mundo se le venía encima. No sabía qué hacer.

Se detuvo fuera de la puerta cerrada del dormitorio que solía ser de Jason. Su corazón se detuvo momentáneamente y no podía respirar. Con cuidado, extendió la mano y giró la manija, empujando suavemente, esperando que la puerta se cerrara y evitara que entrara, pero se abrió fácilmente. Temblaba demasiado como para soltar el marco de la puerta, así que se quedó en el umbral, sin poder respirar, mientras sus ojos rebuscaban por la habitación. Todas sus cosas estaban todavía allí. Si no hubiese sabido que estaba muerto, habría pensado que había salido solo un rato y que volvería pronto; sus gafas de sol todavía estaban en medio de su cama mal hecha, los carteles de Metallica todavía estaban en las paredes, y sus trofeos de natación todavía ocupaban un lugar privilegiado en el estante de arriba, encima de sus libros y su colección de discos compactos. Su habitación estaba exactamente como la había dejado; exactamente como ella recordaba que siempre había estado. No había sido capaz de entrar aquí desde el accidente, y no sabía lo que se encontraría. Y ahora, mientras miraba a su alrededor, sentía su presencia con fuerza. Tal vez fue su imaginación, pero ver todas las cosas de Jason tal como las había dejado la hizo sentir cerca de él. Ella quería tocarlo todo, sentirlo, sostener su ropa contra su mejilla y respirar el aroma de él que esperaba que siguiera ahí, incluso después de todo este tiempo. Pero no pudo hacer nada de eso. Ni siquiera podía quedarse aquí; se sentía como una intrusa.

Saliendo a trompicones de su habitación, cerró la puerta tras ella y se deslizó contra ella, sintiendo la solidez de la madera en su espalda mientras los sollozos escapaban de su cuerpo. Abrazando sus rodillas, enterró su cara en sus antebrazos, dejando que la soledad, la pena y la culpa la abrumaran. Extrañaba mucho a Jason. Permaneció así durante mucho tiempo, las lágrimas de desesperación y el dolor aterrizaron en sus pantalones. Pero finalmente, se recompuso y se puso de pie, secando sus lágrimas con el dorso de su mano. Respirando hondo, se dirigió a propósito hacia la oficina de su padre. Tenía que hacer una llamada más, y tal vez tendría suerte. Tenía una granja que salvar.

Sentada en la silla de oficina de cuero negro giratorio de su padre en su antiguo escritorio de roble, Sarah hojeó la vieja agenda de contactos de Jack, tratando de encontrar el número de teléfono del anciano que era su última esperanza. Si él tampoco la ayudaba, ella no sabría qué más hacer.

"¡Ajá!", sosteniendo la libreta y marcando el lugar con su dedo, tomó el teléfono y marcó. Sonó y sonó, antes de que una voz áspera y vagamente familiar finalmente contestara.

Sarah respiró hondo y cruzó los dedos antes de hablar, luchando por mantener su voz firme. ¿"Bert"? Es Sarah Taylor, la hija de Jack. Me pregunto si estarías dispuesto a ayudarme".

Mientras el anciano hablaba, la tensión abandonó lentamente los hombros de Sarah. Sus dedos se descruzaron por sí solos y su respiración se hizo más pausada y se normalizó mientras una sensación de alivio la invadía. La ayuda estaba llegando. Bert era viejo, pero sabía mucho sobre agricultura. Estaba demasiado mayor para hacer mucho, pero podría compartir sus conocimientos con ella.

Una sonrisa iluminó su rostro cuando colgó el teléfono.

"Creo que las cosas al fin podrían mejorar", le anunció al gato, todavía acurrucado en su silla favorita, mientras pasaba para ponerse las botas. "Bert me va a ayudar a superar esto la semana que viene, por lo menos. Eso es bueno, ¿verdad?".

Después de abrir un ojo brevemente para mirarla con desdén, el gato se volvió a dormir. "Me gustaría poder dormir como tú", murmuró Sarah, frotándose los ojos. Ardían de agotamiento, pero el sueño tendría que esperar. Ahora mismo, había cosas más importantes de las que ocuparse.

--	--	--

Capítulo tres

Gracias a Bert, Sarah aprendió a conducir el tractor lo suficientemente bien como para llenar y transportar el vagón de ensilaje. No podía hacer mucho más con él, pero por ahora, esa pequeña habilidad era suficiente. Incluso Bert no podía operar bien el moderno tractor John Deere. A los noventa y dos años, se había pasado la vida conduciendo el viejo Massey Fergusons, una antigua, oxidada y destartada cosa que Jack había guardado en la parte de atrás del cobertizo durante años, y la nueva máquina era demasiado compleja para el viejo cerebro de Bert. Pero entre los dos descifraron lo suficiente para hacer lo que había que hacer de inmediato.

Bert le enseñó cuándo y hasta dónde cambiar la valla eléctrica para el ganado en los cultivos, cuándo dar heno, cuándo dar ensilado. Le enseñó lo suficiente como para que fuera capaz de fanfarronear durante la mayor parte del invierno, manteniendo el ganado alimentado y regado, mientras los largos días se fusionaban en un ciclo interminable de alimentación y cambio de cercas. La realidad de la vida como granjera, especialmente cuando estaba parada más allá de sus tobillos en el barro, empapándose, con la lluvia helada cayendo por la parte posterior de su cuello y sus dedos entumecidos por el frío, cambiando la cerca de la cosecha para las ovejas, era muy diferente a lo que ella esperaba, y no era una realidad que ella disfrutara particularmente.

Tratar de lidiar con el trabajo de los libros era igualmente desalentador. Bert no pudo ayudarla en eso. Había sido de la vieja escuela, manteniendo la información que necesitaba dentro de su cabeza, y sin la guía de su padre no tenía ni idea de qué esperar en términos de tasas de partos, o incluso cosas tan básicas como el número de cabezas de ganado. Tuvo que averiguarlo todo por sí misma, pasando horas buscando en los libros de bolsillo que su padre había llevado meticulosamente y comparando los datos de este año con las cifras del año pasado. Incluso entonces, todo eran conjeturas, y a pesar de estar sentada frente al ordenador hasta altas horas de la madrugada, no podía obtener ninguna respuesta definitiva.

Apenas comía, siempre corriendo y tomando Red Bull, V, y otras bebidas energéticas. El estrés, la preocupación, la soledad y el agotamiento le estaban pasando factura. Su apetito prácticamente había desaparecido, y en los días en que aparecía, rara vez tenía la energía para preparar algo más sustancioso que un trozo de tostada. Incluso en la universidad, cuando tenía mucho menos estrés y un apetito real, su dieta básica consistía en fideos instantáneos y frijoles horneados en una tostada gracias a su lamentable presupuesto estudiantil, que sólo ocasionalmente se extendía a la carne y las verduras frescas. Ahora, a pesar del congelador lleno de carne y un presupuesto casi ilimitado para la compra, no podía cocinar. No podía afrontarlo, no después de luchar contra los elementos todo el día. No cuando cada cosa que hacía en la granja la hacía cuestionarse la sabiduría de darle la espalda a su sueño, y tratar de no ahogarse bajo la presión de aferrarse a la granja que guardaba los preciosos recuerdos de su hermano.

* * *

"No puedo hacer esto". Fue más un gemido que un anuncio, y el esfuerzo que requirió pronunciar las palabras fue casi más de lo que pudo soportar. Cada fibra de ella se resistía a salir de la cama.

Después de otra noche casi sin dormir, donde Sarah se había quedado despierta, preocupada y escuchando el sonido de la lluvia que retumbaba en el tejado y el viento que sacudía las ventanas, se había despertado para silenciar su chillón reloj despertador con un dolor de cabeza. Por el sonido de las cosas, la lluvia no había amainado todavía; podía oír el agua salpicando por el lado del canalón

bloqueado y goteando por el borde del tubo de bajada con fugas. La lluvia golpeaba contra las ventanas que aún estaban traqueteando gracias al viento y se oía un estruendo intermitente, probablemente de un hierro suelto en el cobertizo. Sentada al lado de su cama, sostuvo su cabeza entre sus manos, tratando de reunir la fuerza para apartar el dolor y levantarse para enfrentar otro día. No es que tuviera mucho sentido levantarse, en realidad, todavía no tenía mucho más que una vaga idea de lo que estaba haciendo, y su padre todavía no apreciaba sus esfuerzos. Tratar de dirigir la enorme granja sin ayuda de nadie le estaba costando un gran esfuerzo a su cuerpo, ¿y para qué? Su padre tenía razón: este trabajo en la granja no era para ella. Ella era inútil.

Cada movimiento la hacía estremecer. Se sentía como si alguien le hubiera golpeado en la cabeza, estaba muy adolorida. Las manchas negras delante de sus ojos se desdibujaban de forma extraña, aturdiéndola, y luego desaparecían gradualmente mientras permanecía de pie, balanceándose ligeramente, con la mente nublada. Luchando contra la ventana, miró hacia fuera para ver los riachuelos de agua que corrían por el patio, creando canales irregulares a través de la grava. En poco tiempo, todo sería barro. Estaba tan harta del barro. Lluvia, ella podía manejar. Ni siquiera le importaba el frío. Pero el barro... se pegaba a todo e impregnaba cada poro, burlándose de ella, haciendo que echara de menos las limpias calles de la ciudad sin barro que había dejado atrás. Estaba tan harta de las botas de goma. Quería usar tacones, sólo una vez. Pero no había lugar para los tacones en la granja. No en medio del invierno donde reinaba el aguanieve.

El estridente tintineo del teléfono fue inesperado a esta hora temprana, y se echó hacia atrás con los codos donde había estado apoyada en el alféizar de la ventana, mirando hacia fuera, y corrió por el pasillo. Su corazón se aceleró al aumentar su ritmo; ¿qué le había pasado a papá? Seguramente era su mamá con malas noticias; ¿quién más la llamaría justo después del amanecer? Contuvo la respiración preocupada mientras alcanzaba el teléfono. Su viejo podría ser un viejo gruñón ahora, pero seguía siendo su padre, y ella todavía lo amaba.

"¿Hola?" contestó el teléfono, sin aliento, y luego dio un suspiro de alivio cuando escuchó la voz áspera de Bert en el otro extremo. Pero su alivio se convirtió en preocupación cuando Bert habló. Cambiar el ganado a un terreno más alto... el río se va a inundar... no puedo ayudar... apúrate...

Las palabras le daban vueltas en la cabeza mientras Bert le decía, entre toses cortantes, la situación con el clima. Había habido una gran cantidad de lluvia en tan corto espacio de tiempo, aún más en las montañas donde se originó el río, y se estaba inundando. Tenía una hora, como mucho, para llevar las ovejas a un terreno más alto. El furioso río se llevaría la mayor parte de su tierra plana de pastoreo a media mañana.

"Gracias", murmuró, colgando el teléfono. Miró por la ventana aturdida por la lluvia torrencial. El tiempo era tan malo que las colinas en la distancia eran invisibles, el cielo oscuro afuera, el sol apenas asomado entre las nubes negras. Ella no quería creerle, pero Bert tenía razón, tenía que actuar rápido. Su corazón palpitaba aún más rápido ahora, más fuerte, ya que el pánico amenazaba con abrumarla. ¿Cómo podía hacer esto sola? Pero no tenía elección, tenía que intentarlo. Los animales dependían de ella.

No habría tiempo para el desayuno, ni siquiera para el café, pero agarró una lata de Red Bull de su escondite en la nevera y buscó en el armario algunos analgésicos; no podía dejar que este dolor de cabeza la retrasara. Después de tragar un par de cápsulas de Panadol con la boca llena de la bebida energética, frunciendo el rostro por el sabor amargo de las píldoras, se apresuró a volver a su habitación para ponerse algo de ropa. Salvar a las ovejas no se podía hacer muy bien con un pijama de franela azul con gatitos negros impresos en ellos; se moriría de frío mucho antes de poner a salvo a las ovejas.

A pesar de los varios minutos que tardó en vestirse, los analgésicos todavía no habían hecho efecto cuando se puso el equipo de protección contra la humedad y las botas en la puerta trasera, pero no tuvo tiempo de esperar. Agarró las llaves de la vieja y maltrecha Hilux y se dirigió hacia el exterior, preparándose contra la ráfaga de viento que la golpeó cuando abrió la puerta.

"Eres una maldita inútil". La voz de su padre resonó en su mente, burlándose de ella, mientras intentaba resolver la logística de trasladar dos mil ovejas a las colinas, sola, bajo la lluvia. El ganado estaría bien; estaba lo suficientemente alto y lejos del río, pero las ovejas estaban en riesgo.

El corto camino hacia los corrales de los perros le pareció eterno, mientras, el feroz viento le azotaba el rostro. Ace y Zac estaban acurrucados en sus perreras, resguardándose del frío, pero cuando ella abrió la puerta de los corrales salieron como cohetes, saltando a su alrededor en un enorme círculo, acercándose cada vez más a la parte trasera de la Hilux. A su señal, los dos perros se subieron, sin que pareciera importarles lo mojado, ansiosos por ponerse a trabajar.

El interior de la camioneta estaba caliente y seco. Se sintió aliviada una vez dentro, pero tendría que salir y abrir las puertas pronto, pero por ahora disfrutaba lo seco. La radio se encendió y sonó solo estática por unos segundos, antes de que la música comenzara a sonar. Pero después de un momento, bajó la mano y la apagó. No quería música hoy, no con el terrible dolor de cabeza que tenía.

El suelo estaba resbaladizo. Dos veces, bajó la colina de lado, y fue pura suerte que lograra mantener el control del vehículo. Su corazón casi saltaba de su pecho, entraba en pánico cada vez que el Hilux empezaba a patinar, y volvió a oír la voz de su padre: "Eres una maldita inútil".

Luchó para mantenerse tranquila. Siguiendo la pista a la vuelta de la esquina, la camioneta patinó de nuevo, esta vez completamente fuera de control, golpeando con fuerza un poste de la cerca. Sarah juró en voz alta cuando el vehículo se detuvo; esto era lo último que necesitaba. El impacto sacudió su cuerpo y fortaleció su dolor de cabeza. Se inclinó hacia adelante y apoyó su cabeza en el volante.

"No puedo hacer esto". Gimió las palabras por segunda vez esa mañana y, al igual que antes, el esfuerzo que le costó hablar fue casi demasiado. No tienes elección. Su interior la devolvió a la realidad. Tienes que hacerlo, no importa lo difícil que sea. No hay nadie más.

Obviamente, pensando que es más seguro moverse que quedarse paralizada, vio en el espejo retrovisor cómo Ace y Zac saltaban y levantaban sus patas contra un poste de la valla, y luego simplemente se quedaban allí mirando, esperando a que ella se las arreglara. Reuniendo valor, Sarah respiró hondo mientras giraba la llave de encendido. La vieja y maltrecha Hilux, ahora con una abolladura más en el cuerpo oxidado y deformado, cobró vida, se resbaló y se deslizó en sentido contrario alejándose de la valla, y continuó a la vuelta de la esquina, todavía deslizándose por la resbaladiza pista, mientras los perros la seguían.

Si no hubiera sido por Zac y Ace, nunca habría logrado desplazar a las ovejas. El agua ya se estaba arremolinando alrededor de sus pies y rápidamente se convertía en barro profundo y pegajoso, y las ovejas se mostraban reacias a moverse. Se quedaron allí balando, con sus destartalados vellones empapados por la lluvia, lo que las convertía en un espectáculo lamentable. Llenas de corderos, las ovejas no querían ir a ninguna parte, especialmente no a través de varios potreros pantanosos hasta la base de las colinas, y aunque Sara conducía lentamente a través del potrero, con un brazo fuera de la ventana golpeando la puerta y tocando la bocina mientras conducía, las ovejas se quedaban en el mismo lugar, haciendo una pausa en señal de protesta.

"¡Vamos, Ace! ¡Zac! ¡Súbelas!" Sarah gritó las órdenes y los perros entraron en acción, trabajando en equipo, corriendo y ladrando, consiguiendo finalmente que las ovejas se movieran, obligándolas a formar una línea ordenada y a abrirse camino hasta la puerta. Sarah condujo lentamente detrás de ellos, la camioneta luchaba por atravesar el espeso barro que las miles de pezuñas habían removido.

Luego se bajó de la camioneta y el barro casi destruye la parte superior de sus botas. Sus pies se hundieron totalmente en el lodo y tuvo que agarrarse a los lados de la camioneta y forzar su camino hacia adelante, para cerrar el endeble alambre de púas y la puerta de Taranaki. Su cabeza giró, estaba aturdida por el dolor cuando se agachó para deslizar el listón en el lazo de alambre en la parte inferior del poste. El viento soplaba contra la puerta improvisada, y ella luchaba por mantenerla erguida. Apoyándose en el poste, estiró la mano hacia adelante y agarró ciegamente el cable superior de la

puerta que se agitaba con locura, tratando de apretarlo lo suficiente como para que el cable superior se enrollara alrededor del sable, luchando contra la fuerza del viento que lo movía.

"¡Ay!" gritó, tirando de su mano hacia atrás rápidamente mientras el alambre de púas hería la palma de su mano. Se hundió hasta las rodillas en el barro, acunando su mano herida, la sangre se acumuló en la palma de su mano y se filtró por su muñeca. Había sido un error estúpido, un error de novata, un error que no había cometido desde que era una niña, pero la voz de su padre volvió para burlarse de ella otra vez: "Eres una maldita inútil".

Las palabras que resonaban en su cabeza cambiaron de la voz crítica de su padre a la suya propia: Soy una maldita inútil. ¿Por qué me molesto? mientras se ponía de pie. Tenía frío, estaba mojada, adolorida, y ahora estaba cubierta de barro. Agarrando de nuevo la puerta de Taranaki, esta vez con cuidado, sostuvo el sable en la parte superior y apoyó todo su peso en él, tirando de él tan fuerte como pudo hacia el poste y finalmente logró enrollar el trozo de alambre sobre la parte superior del sable cuadrado. Cada movimiento de su mano y muñeca enviaba más sangre a la palma de su mano y su dolor de cabeza aumentaba al mismo tiempo que el latido de su corazón acelerado.

Una rápida mirada alrededor del prado le dijo que Zac y Ace habían llevado las ovejas de este prado al siguiente, el grande que se encontraba en la parte inferior de la cordillera, donde estaban destinadas a estar. Uf. Al menos algo salía bien esta mañana. Todo lo que tenía que hacer ahora era conducir a través del prado y encerrar a las ovejas, recoger a los perros, y ya estaba listo. Luego podía ir a casa, limpiarse y descansar. Con calma.

Había dejado la Hilux en espera mientras luchaba con la puerta y el calor de la calefacción la golpeó tan pronto como abrió la puerta. Se hundió contra el asiento agradecida, cerrando los ojos por un momento. El calor era tan agradable. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba temblando, pero al pisar el embrague y poner la camioneta en primera, se dio cuenta de lo fría que estaba cuando ni siquiera podía cerrar los dedos alrededor de la palanca de cambios correctamente. Agarrando un trapo del asiento del banco, lo presionó contra su palma herida para detener el flujo de sangre, apretando los dedos para mantener el trapo en su lugar.

Trató de moverse lentamente, soltando el embrague con suavidad al pisar el acelerador, pero el vehículo no se movió. Por favor, no te quedes atascada, suplicó. No tenía ni idea de lo que haría si la camioneta se quedaba atascada en el barro.

Sarah aceleró suavemente, despacio, pero aun así la Hilux no se movió. Podía sentir que el vehículo se balanceaba ligeramente cuando las ruedas giraban debajo de ella, pero no se movía en absoluto. Pisó el acelerador con más fuerza y repitió su desesperada súplica una y otra vez, mientras los neumáticos giraban inútilmente, empantanados en el suelo anegado. Pisar más fuerte el acelerador tampoco funcionó; los neumáticos giraron más rápido, rociando barro a los lados de la autopista, cubriendo las ventanas. Empujando el embrague de nuevo, puso la camioneta en reversa y logró retroceder un poco, pero cuando trató de ir hacia adelante de nuevo, los neumáticos giraron de nuevo, totalmente empantanados.

"¡Vamos, por favor!", suplicó, girando el volante y tratando de salir en ángulo, usando una suave presión en el acelerador al principio, y luego pisando fuerte el acelerador en la frustración. "¡Vamos!" gritó, mientras el motor gritaba, los neumáticos giraban, y la camioneta se hundió más en el barro.

"¡Maldición!".

Golpeó su puño contra el volante. Gritó todas las maldiciones que se le ocurrieron, gritándolas a todo pulmón, y cuando agotó su vocabulario, empezó de nuevo, inventando algunas nuevas para variar. Abriendo la puerta del conductor, saltó a la lluvia y gritó un poco más, liberando su furia en el viento.

La fuerte lluvia le golpeó el rostro, pero no le importó. Volvió su rostro hacia el cielo y gritó, su rabia se agudizó cuando la lluvia torrencial golpeó sus mejillas. Manteniendo su mano aún sangrante fuera del camino, apoyó todo su peso contra la camioneta e intentó empujarla, para sacarla del pantano

en el que estaba incrustada, pero no se movió. No importaba cuánto lo intentara, no se movía ni un poquito.

"¿Qué demonios voy a hacer?" sollozó, y su ira dio paso a la desesperación. Respirando pesadamente, saboreó lágrimas saladas en su lengua, pero la lluvia las lavó, dejándola húmeda, fría y miserable. La cabeza le latía aún más, exacerbada por la lluvia torrencial, y todo lo que quería hacer era acostarse. Pero su único medio de transporte estaba atascado.

Pateando el costado de la camioneta en frustración, la apagó, guardó las llaves y caminó abatida a lo largo del potrero empapado, con sus botas sumergidas en el agua que ahora estaba casi hasta las pantorrillas; hizo todo lo posible para evitar el barro revuelto por las miles de pezuñas de oveja. Cerró la puerta del corral de las ovejas y se aferró a ella con ambas manos para estabilizarse mientras arrastraba los pies por el profundo barro, antes de cerrar bien la puerta.

"Vamos, muchachos", llamó a los perros, metiendo las dos manos en sus bolsillos y manteniendo la cabeza agachada, acurrucada dentro de su abrigo de piel de visón, deseando tener más protección contra la lluvia. Las ovejas se movieron finalmente; era hora de volver a casa.

"Por el amor de Dios, esto es una estupidez", murmuró Sarah, caminando contra el viento. Sus botas se hundían en el suelo empapado y sacarlas para dar otro paso le costaba más energía de la que tenía. El barro le salpicó la parte posterior de las piernas, empapando sus vaqueros, haciendo sus pies aún más pesados. Sólo quería tomar más analgésicos y dormir, no tener que luchar a pie contra el viento, la lluvia y el barro para volver a casa. La idea de volver a casa le hizo querer rendirse. Miró a los perros, ambos le pisaban los talones. "Esto no es para lo que me inscribí en la universidad. No voy a hacer esto nunca más", les dijo, pero ninguno de los perros miró hacia arriba.

Le tomó mucho tiempo llegar a casa. Una hora, al menos, tal vez dos; ella no lo sabía. Tenía demasiado frío, estaba mojada y agotada como para preocuparse. La lluvia torrencial se le metió por debajo del cuello y empapó su camisa. Le dolía la mano herida y sus dedos estaban entumecidos, incluso dentro de los bolsillos forrados de su largo abrigo, y sus pies eran como bloques de hielo dentro de sus botas.

El clima incluso afectó a los perros. Usualmente eran muy activos pero ahora, andaban lentamente junto a ella, como si compartieran su miseria, parándose cada pocos minutos y sacudirse el agua.

El dolor de cabeza con el que se despertó no era nada comparado con el dolor punzante que ahora sentía. Ella no quería hacer esto más. No podía hacer esto más. Esta no era la vida que quería. Era solitaria, era dura y fría. Ella estaba acabada. Su padre tenía razón, no estaba hecha para ser granjera. Todas las críticas que le había lanzado desde la muerte de Jason resonaban una y otra vez en su dolorida cabeza, añadiendo a la confusión que ya estaba sintiendo. Sólo déjalo. Déjalo todo. No puedes dirigir ese lugar, eres una maldita inútil. Las palabras hirientes que la habían hecho sentir ofendida en ese momento, sorprendentemente ya no la ofuscaban. Sabía que tenía razón; no podía hacerlo, era demasiado inútil. La Hilux atascada en el barro lo demostró.

Ace y Zac se escabulleron hacia la comodidad de sus perreras tan pronto como llegaron, buscando resguardarse del viento cortante y la lluvia torrencial. Sarah se estremeció, mientras miraba a los perros acurrucados en sus camas de heno, deseando poder hacer lo mismo. Ya había agotado sus últimas reservas de energía para volver al patio. Realmente no creía que pudiera caminar los últimos cien metros o hasta la casa, quitarse la ropa mojada y meterse en la ducha.

Dando la espalda a los perros, Sarah caminó lentamente, luchando contra las olas de cansancio, mareos y náuseas que la invadían a cada paso. Apoyándose en la pared de la casa para estabilizarse, se quitó sus saturadas botas llenas de barro, dejándolas en el porche, se encogió de hombros y entró poco a poco mientras el cansancio la abrumaba. Necesitaba ducharse, pero había una cosa que debía hacer primero.

Sus manos congeladas y húmedas lucharon por agarrar y girar el pomo de la puerta de la habitación de Jason y tuvo que intentarlo varias veces antes de poder abrir la puerta y entrar. En

lugar del confort familiar que había sentido la última vez que estuvo aquí, esta vez estaba embargada por la culpa.

"Lo siento mucho, hermano", susurró, con voz ronca, mientras las lágrimas corrían por su rostro helado y salpicado de barro. "Lo intenté. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero no puedo hacerlo. Lo siento".

Si hubieras estado donde debías estar, Jason todavía estaría vivo. Cada objeto en la habitación de Jason parecía gritarle esas palabras, acusándola, atormentándola, llenándola de culpa y pena, pero era la voz de su padre la que escuchaba en su cabeza, no la de su hermano.

"¡No!" gritó, de repente indignada, tropezando de lado, chocando contra la estantería. "¡Maldito seas, papá! ¡Me esforcé tanto!".

Su cabeza golpeó uno de los trofeos de natación de Jason y lo agarró, llevandoselo a la cara, antes de lanzarlo tan fuerte como pudo contra la pared. Hizo un sonido satisfactorio cuando rebotó en la pared para caer en el suelo al otro lado de la habitación, así que alcanzó el trofeo que estaba a su lado y lo tiró también, temblando por el sonido del impacto. "¡No!" gritó, con su voz fuerte y contundente. "¡Nada de esto es culpa mía!" Arrojó otro trofeo. "¡Fue un accidente! ¡Nada de esto es mi culpa! ¡Nada de esto!" Tropezando a ciegas, se estrelló contra la estantería, enviando CD al suelo. El ruido resonó en su adolorida cabeza.

Cada vez que respiraba, jadeaba y su cuerpo temblaba. Observó la destrucción en la habitación de Jason, la habitación que se había mantenido como un santuario, un templo, un recuerdo de su hermano. Sus ojos se abrieron de par en par cuando el horror de lo que había hecho, lo que estaba viendo, se apoderó de ella. Despavorida, llevó sus manos a su boca.

"Lo siento mucho", susurró, mientras se daba la vuelta y salía corriendo de la habitación, dando un portazo detrás de ella. Temblando sin control, se hundió en la silla de cuero de su padre y cogió el teléfono, con sus dedos congelados luchando por marcar el número.

"¿Mamá? No puedo hacer esto más. Lo siento. Papá tiene razón, soy una maldita inútil".

* * *

* * *

Sarah se desplomó contra la puerta de cristal de la ducha directamente bajo el chorro caliente y dejó que el agua se llevara el barro, la sangre y las lágrimas. El agua irritó su mano herida mientras el chorro caliente limpiaba la herida, lavando el barro de la palma de su mano y haciéndola sangrar de nuevo. La carne alrededor de la herida estaba roja e hinchada y cuando el entumecimiento por el frío abandonó su cuerpo, su mano comenzó a dolerle. Sarah estaba agradecida por el apoyo de la pared de la ducha que la sostenía. Se sentía tan débil, casi desmayada. Sus piernas temblaban como gelatina y el golpeteo en su cabeza aún no había disminuido. Pero a medida que el chorro caliente seguía cayendo sobre ella y entró en calor, comenzó a sentirse un poco mejor y comenzó a pensar en su futuro.

Espera, le había dicho por teléfono la voz fuerte y firme de su madre, que intentaba tranquilizarla. Déjame hacer algunas llamadas telefónicas, ya se me ocurrirá algo. Dúchate, come algo, duerme. Cuídate. Mañana estaré ahí.

No podía comer; se sentía muy enferma para eso, y le dolía mucho la cabeza. Pero después de la ducha, si el agotamiento total era un indicio, podría dormir. Más allá de eso, no podía prometer nada.

Incluso desde la casa, Sarah podía ver el agua subir. Había sacado a las ovejas justo a tiempo. Gracias a Bert. Las vallas estaban casi sumergidas en los corrales más cercanos al río, y la lluvia no mostraba signos de amainar. Un relámpago la hizo saltar, y el ruido del trueno que siguió inmediatamente la hizo temblar. Ahora no sería capaz de dormir, no con la tormenta que se desataba en el exterior. Siempre había odiado las tormentas eléctricas. De niña le aterrizaraban, especialmente

por la noche, cuando el relámpago interceptaba la oscuridad, iluminando todo lo que la rodeaba durante una fracción de segundo, antes de que el estruendo del trueno volviera espeluznante su entorno familiar. Cuando eso ocurría salía corriendo y entraba de puntillas en la habitación de Jasón, se subía a la cama con él, temblando de miedo, mientras la tormenta azotaba la casa. Está bien, hermana. Esas siempre habían sido sus palabras. Nunca se burlaba, sólo la calmaba, la protegía y la comprendía. Nadie más sabía lo asustada que estaba por las tormentas; nadie excepto Jason.

Un destello de culpa la atravesó al ver el estado de su habitación. No podía dejar sus trofeos en el suelo; tenía que arreglarlos.

--	--	--

Capítulo cuatro

Lo primero que notó Sarah cuando despertó fue que no sólo había dejado de llover, sino que el sol entraba por su ventana y el cielo estaba hermoso, claro y azul, sin nubes. Ya, gran parte de la inundación había bajado. El suelo estaría empapado, lo sabía, pero las vallas eran cada vez más visibles, con escombros esparcidos sobre los alambres que evidenciaban lo lejos que había llegado el río.

Por primera vez en mucho tiempo, su cabeza no dolía tanto. En lugar de hacer el duro trabajo físico que se había convertido en su nueva normalidad, había pasado la mayor parte de la tarde de ayer en la habitación de Jason, primero ordenando los CDs y trofeos y luego recordando. Recordando a Jason, recordando su infancia, recordando tiempos más felices. La vida había sido buena, en ese entonces. Sin preocupaciones. Su futuro estaba todo planeado: Jason iba a hacerse cargo de la granja, y ella iba a ir a la Universidad de Otago y estudiar para ser una veterinaria de animales grandes, para cuidar de los animales que amaba. Y ahora... ahora su vida era un caos.

Arrojando las mantas, se levantó rápidamente de la cama. Había decidido dejar la granja y volver a Wellington, para terminar sus estudios, pero primero, su madre iba a venir. Y tenía que organizar la casa. Tenía que ponerse a trabajar. Incluso después de descansar del trabajo de ayer, y de un sueño relativamente bueno, seguía estando cansada hasta los huesos. El cansancio amenazaba con abrumarla mientras se dirigía a la cocina, pero ella lo apartó. Sólo tendría que soportar el cansancio por unos días más y luego se marcharía. De vuelta a su vida en la ciudad, a sus estudios, a sus amigos.

Después de tomarse una taza de café, Sarah limpió y aspiró la casa, miró su reloj y gimió. Su madre llegaría en cualquier momento, y todavía tenía que limpiar las huellas de barro del suelo de la cocina y lavar los platos. No podía dejar que su madre viera la casa así. Aunque Karen siempre había criado y entrenado caballos y ayudado en la granja, así como en el mantenimiento de los libros de la granja, su casa siempre había estado impecable. Jamás había habido polvo en los zócalos como ahora; los calcetines nunca antes se habían pegado a parches pegajosos en el suelo, y los platos sucios nunca se habían amontonado hasta tener moho.

El traqueteo del vehículo familiar frente la reja, hizo que dejara la aspiradora a un lado. La limpieza tendría que esperar.

Sarah vio a su madre bajar del elegante sedán plateado Holden que su padre había comprado justo antes de que ella se fuera a la universidad. Estaba cubierto de salpicaduras de barro ahora, pero así como siempre había estado la casa, el auto sin embargo, lucía impecable. Así era Karen: ordenada, limpia, metódica. Muy diferente a Sarah que era desorganizada y soñadora.

Desde la terraza, podía ver a su madre inclinando la cabeza hacia atrás para respirar profundamente el aroma de la granja. La lluvia siempre revitalizaba la frescura del aire, despejando el polvo.

Extendiendo sus brazos, se reconfortó con el calor del abrazo de su madre. La mujer mayor parecía cansada, era evidente, y lucía más envejecida que unas semanas antes. La preocupación nublabla su rostro y tenía ojeras que nunca tuvo antes. Aunque Karen siempre había sido una mujer alta, con hombros grandes y un busto grande, ahora se veía encorvada y desgastada, y mucho más vieja que sus cincuenta y dos años. El sufrimiento que había atravesado recientemente se evidenciaba en su aspecto físico. Sarah se preparó para un regaño por el estado de la casa, pero no pasó eso. En su lugar, su madre tranquilamente puso la tetera y empezó a limpiar de forma tranquila y metódica, con una serenidad que Sarah envidiaba. Karen con serenidad, ponía orden en el caos, un talento que Sarah no había heredado.

Sarah se hundió en una de las duras sillas de la cocina, el agotamiento se grabó en cada hueso de su cuerpo. Sabía que debía ayudar a su madre, pero no tenía fuerzas para ello. Apoyando su antebrazo en la mesa, se inclinó hacia adelante, deseando poder cerrar sus ojos cansados, sólo por un momento.

"Sabes que en primavera y verano tu padre necesitaba mucho de mi ayuda. Esta granja es demasiado grande para que la dirija una sola persona. Has estado haciendo un buen trabajo aquí, tú sola".

El inesperado elogio hizo sonreír a Sarah, quién se sentó y se encogió de hombros. "Hice lo mejor que pude. No fue suficiente, pero al menos lo intenté. De todos modos, pronto regresaré a la ciudad. No tiene sentido que me quede más tiempo aquí".

Karen sacó sus manos del fregadero y las apoyó en el borde del banco, con los antebrazos mojados con burbujas. Parecía abatida. Sarah se puso tensa; se preparó mentalmente para defender su decisión.

"Se te necesita aquí, Sarah", dijo Karen con firmeza. "Eres una Taylor, esta granja ha estado en manos de los Taylor desde siempre, y tiene que permanecer en manos de los Taylor", prosiguió viendo a Sarah con una mirada tan feroz que ella no pudo evitar encogerse en su silla, derrotada.

"No lo entiendes, ¿verdad? Papá tiene razón, soy una inútil. No estoy hecha para ser un granjera".

Karen se burló, sumergiendo sus brazos en el agua jabonosa de nuevo. "¿Por qué siempre tienes que escuchar a tu padre cuando está en uno de esos estados de ánimo? Ignóralo cuando habla despectivamente, es habitual en él. Ya lo sabes." Karen golpeó una taza recién lavada contra el escurridor con más fuerza de la necesaria. "¿No puede la Universidad esperar, sólo un poco más? Tu padre será transferido a la Unidad de Espina Dorsal de Burwood mañana, en Christchurch. Por supuesto que me va a necesitar con él. Nos quedaremos allí en el futuro inmediato".

"Uh-huh". ¿A dónde va esto? Sarah se preguntaba. Ya sabía que sus padres no volverían aquí pronto. ¿Qué es lo que estaba pasando?

"Ayer te dije que haría algunas llamadas telefónicas y que te ayudaría. Ya lo he hecho. Nick llegará mañana. Sólo puede quedarse un año, es un campeón de toros y se va a Australia el año que viene para competir en el circuito de rodeo de allí. Pero es un comienzo".

"Bien. No me necesitarán aquí entonces". Aunque sabía que debía estar contenta, el saber que estaba de sobra le golpeó como un puñetazo en las tripas. ¿Qué le pasaba?

"Sí, te necesitamos aquí". La voz de Karen era firme, llena de pasión, y el cuerpo de Sarah estaba tenso, listo para luchar por su derecho a irse. "Mira, Sarah, eres la única esperanza para este lugar. No quiero estar sentada ahí arriba preocupándome por la granja, preocupándome por mis caballos... Necesito más tiempo. Por favor, quédate un poco más. Necesito saber que estás aquí, supervisando todo". Karen suspiró, luego respiró profundamente antes de volver a ver los ojos de Sarah. "Voy a necesitar toda mi fuerza para ayudar a tu padre. Esto lo ha golpeado con fuerza, sabes".

Sarah tragó saliva. Por supuesto, ella sabía que el accidente de su padre le había golpeado con fuerza. Era una cáscara de su antiguo yo; apenas podía imaginar lo que este último accidente debía haberle hecho a su estado mental. Pero si alguien podía ayudarle a superarlo, y a aprender a amar la vida de nuevo, era su madre. Pero... ella tenía sus propios planes, sus propios sueños.

Madre e hija se quedaron allí un momento, envueltas en una invisible batalla de voluntades. Ninguna de las dos miró hacia otro lado. Un hormigueo recorrió la columna vertebral de Sarah al oír la voz de su hermano diciéndole las palabras que le había dicho tantas veces cuando estaba vivo: Escúchala, hermana. Sabes que tiene razón.

Sarah suspiró y miró hacia otro lado, primero a sus pies, luego por la ventana hacia las colinas. Respiró profundamente. "Está bien, lo haré. Me quedaré hasta el final del año. Pero a principios del año que viene, volveré a la universidad. Es lo mejor que puedo hacer".

"Gracias, Sarah." El alivio que reflejó el rostro de Karen conmocionó a Sarah hasta la médula. ¿Por qué siempre era ella la que terminaba sintiéndose culpable?

Pero sólo había una pregunta.

"Así que este nuevo administrador. Es de por aquí cerca, supongo", se devanó los sesos, imaginado quien podría ser. Conocía a todos los locales, había crecido con la mayoría de ellos, y por lo que sabía, ninguno de ellos era un campeón de toros.

"Es de Bahía Hawkes, creo. ¿Por qué?"

"Bueno, es sólo... Umm." ¿No era obvio? "¿Dónde va a vivir? No tenemos ningún alojamiento para trabajadores".

Karen parpadeó, como si eso también fuera obvio. "Va a vivir aquí en la casa", dijo. "Contigo".

Sarah sintió que su boca se abría con horror. Trató de objetar, pero se quedó sin palabras. Trató de sacudir la cabeza, pero no pudo hacerlo. Estaba tan sorprendida por la idea de que se había quedado paralizada.

"¡Bueno, te fuiste a vivir con un montón de desconocidos, en una ciudad extraña, debo añadir!", dijo Karen, sumergiendo sus manos en el fregadero, evitando los ojos de Sarah. "No veo la diferencia", añadió.

Sarah se quedó en silencio, tratando de entender todo lo que le había dicho. Un extraño viviría en su casa, y se mudaría mañana. Sí, era eso.

"Hay una cerradura en la puerta de tu dormitorio. Y en el baño. Estarás bien", dijo Karen, como si la privacidad fuera lo único que le preocupara a Sarah respecto a su nuevo inquilino.

"¿Sabes algo de este tipo?" preguntó Sarah, incrédula.

"No", admitió Karen, demasiado alegremente. "Pero él está muy bien recomendado. Sus referencias son magníficas. Me han dicho que es todo un caballero. Estarás bien".

"¿Qué dice papá de todo esto? Estoy segura de que preferiría que volviera a Wellington".

Karen se puso rígida.

"No lo sabe, ¿verdad?" Sarah sabía que no había manera de que su padre permitiera que un extraño tomara el lugar de su hermano. No sin mucha persuasión.

"Tu padre no está en condiciones de tomar decisiones sobre nada", anunció Karen, a la defensiva. "Pero es lo mejor que puede hacer, sabes que lo es".

"Espero que tengas razón". ¡Más vale que no sea un asesino con hacha ni nada de eso!

"Ven a secar estos platos para mí, amor", la voz de su madre interrumpió sus pensamientos. "Entonces podremos preparar la habitación de invitados. Espero que sea lo suficientemente cómoda para él. No es una habitación grande, pero tendrá que servir".

* * *

Gracias a la ayuda de Karen, la casa volvió a estar en orden y una cazuela se estaba cocinando a fuego lento en el horno, pero aunque olía y sabía delicioso, Sarah no podía comer más que unos pocos bocados. Su estómago estaba lleno de nudos. ¿Estaba haciendo lo correcto, aceptando quedarse? No estaba segura. Nunca había tenido ninguna duda de que iba a ser veterinaria. Sus asignaturas en la escuela habían sido elegidas con esa carrera en mente, y todos los sacrificios que había hecho desde entonces, habían valido la pena sólo porque sabía cuál sería el resultado final de todo ello. Entonces, ¿por qué, ahora, estaba dispuesta a dejarlo todo en suspenso?

Abriendo la puerta de la habitación de Jason, ahora ordenada y recién aspirada, se tumbó en su cama. Miró fijamente al techo antes de darse la vuelta, para agarrar su almohada y hundir su cara en ella. Inhaló profundamente. Antes olía a Jason. Durante mucho tiempo, ella había sido capaz de

captar su olor, en lo profundo de la almohada. Pero ya no; había pasado demasiado tiempo. Ahora, si ella ignoraba todos los objetos personales que se exhibían en la habitación, casi podía creer que él nunca había estado aquí.

Sus hombros temblaron y ahogó un sollozo, apretando la almohada contra su cara. Ella no lloraría, no ahora. Llorar no resolvería nada; nunca lo había hecho, y había llorado más de lo que le correspondía durante varios años.

Todo va a estar bien, hermana. Ahí estaba su voz de nuevo, tan clara en su cabeza, que era fácil para ella creer que él estaba parado a su lado. Pero no lo estaba; era sólo el recuerdo de su voz familiar, consolándola como siempre lo hizo, en las tormentas, justo cuando ella más lo necesitaba. A pesar del vacío que sentía, oír la voz de su hermano, aunque sólo fuera en su imaginación, la hacía sonreír.

Necesitas comer. Él también le había dicho esas palabras con bastante frecuencia a lo largo de los años. Solía quedarse tan atrapada en sus sueños, perdida en su pequeño mundo, o montando a caballo por las colinas, que se olvidaba del tiempo. Jason a menudo tenía que venir a buscarla y traerla a casa, recordándole que debía comer.

"Incluso desde el otro lado me estás cuidando, ¿eh?" Ella se puso de pie y se estiró. "Está bien, me voy. Voy a comer. Pero caray, hermano, espero que tengas razón. De verdad, de verdad espero que tengas razón".

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.